

Giles Tremlett

Catalina de Aragón

Reina de Inglaterra

Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Contenido

<i>Introducción</i>	13
1. La cama	19
2. Reina	25
3. Nacimiento	35
4. Prometida en matrimonio	43
5. Infanta	51
6. Princesa de la Alhambra	67
7. Adiós	77
8. Tierra	85
9. Exhibida	93
10. Nupcias	101
11. Silencio y tristeza	107
12. Vida de casada	115
13. El hermano de mi marido	121
14. Sacadme sangre	131
15. Engañada	141
16. Confesiones	153
17. Embajadora	159
18. Casada de nuevo	167
19. La reina de la fiesta	177
20. Un heredero	189
21. Maternidad	193
22. Política de alcoba	199

23. Guerra	207
24. Y paz.	217
25. Hijas	227
26. Una pareja para María.	235
27. El hijo de mi hermana.	245
28. Infertilidad e infidelidad	257
29. Bastardo	269
30. Divorcio: el asunto secreto del rey.	277
31. Virginidad.	285
32. Enfermedad	293
33. Nunca con la madre	299
34. Dios y mi sobrino	305
35. La reina del pueblo	311
36. Espías y disfraces.	319
37. Desafío	327
38. Consejo espiritual	333
39. Copulación carnal.	339
40. La tregua.	345
41. Veneno	359
42. Sola.	369
43. Las joyas de la reina.	379
44. Secretos y mentiras	387
45. Esa zorra	393
46. Una hija «bastarda».	397
47. Ahorcado, arrastrado y descuartizado	407
48. Prisionera	419
49. El terror	425
50. Muerte y conciencia	435
Epílogo	441
<i>Agradecimientos</i>	445
<i>Notas</i>	447
<i>Bibliografía</i>	483
<i>Índice analítico</i>	497

Introducción

Catedral de Zaragoza

11 de junio de 1531

Salvador Felipe se hallaba a las puertas de la gran catedral de Zaragoza y empezó a leer en voz alta. Corría mediados de junio de 1531, y el intenso calor veraniego que sustituye a los cortantes vientos del invierno en la llanura central del Ebro debía de empezar a afianzarse. La catedral estaba abarrotada por la misa matinal del domingo, y Felipe probablemente contaba con un público numeroso cuando alzó su voz para nombrar a Enrique VIII, el rey de Inglaterra. El monarca, anunciaba Felipe, había sido citado ante un tribunal de la ciudad. Si quería escuchar lo que decían los demás sobre él, Enrique debía personarse en el claustro de la catedral el miércoles siguiente. Si el rey no quería acudir en persona, podía enviar a un representante legal.¹

La citación era un hecho extraordinario. Los monarcas no eran la clase de gente a la que se arrastra en contra de su voluntad ante los tribunales eclesiásticos. Incluso en un lugar tan lejano, la población sabía que el rey de Inglaterra era cualquier cosa menos corriente. Su nombre ya era conocido entre las gentes de la ciudad cabeza del reino de Aragón. Al fin y al cabo, estaba casado con la mujer que introdujo el nombre del reino en la historia de Inglaterra: Catalina de Aragón. Esta había abandonado su tierra natal hacía largo tiempo, pero la gente no había olvidado que era hija de dos grandes monarcas españoles: Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.

Ahora, Catalina se encontraba en el centro de uno de los mayores escándalos que circulaban por toda Europa. Enrique ya no quería a quien era su mujer desde hacía veintidós años. Por el contrario, deseaba a una inteligente y ambiciosa inglesa llamada Ana Bolena. Enrique

estaba haciendo todo cuanto estaba en su mano para deshacerse de Catalina, pero su esposa estaba demostrando ser un oponente formidable. Catalina se había plantado. Estaba luchando por sus derechos conyugales con inteligencia y, sobre todo, con una férrea obstinación.

Ese era el motivo por el que Miguel Jiménez de Embún, abad de la poderosa abadía cisterciense de Veruela, situada a ochenta kilómetros, a los pies del imponente Moncayo, había convocado al tribunal. Actuaba a petición de Paolo Capizucchi —presidente del tribunal de apelaciones vaticano de la Rota— y, en última instancia, del Papa. Su tarea consistía en recabar pruebas y dar su opinión acerca de lo que en Inglaterra ya venía en llamarse el «gran asunto». No se trataba de un divorcio como lo conocemos hoy, aunque muchos utilizaban ese término para describirlo. Más bien era un intento por lograr que el Papa declarara ilegítimo el matrimonio de Catalina desde el principio. La determinación de Enrique de zafarse de un matrimonio que tenía más que ver con la política europea que con cualquier otra cosa fue acogida con indignación por algunos españoles. Después de todo, había sido una esposa y reina consorte modélica. Su marido incluso había dejado el reino en sus manos mientras combatía en Francia. Como reina regente en su ausencia, había infligido una histórica derrota a sus enemigos escoceses.

Pocos se habrían compadecido más de Catalina que aquellos que escuchaban a Felipe, heraldo del tribunal, en Zaragoza. Los atractivos muros decorados de la catedral, con sus baldosas de cerámica azul, turquesa y verde incrustadas en ladrillos mudéjares con elaborados motivos, eran una prueba de la riqueza e importancia de la ciudad. Zaragoza se encontraba a orillas del ancho y rápido Ebro y en el epicentro del reino en su día gobernado por su padre. Catalina pertenecía al linaje más ilustre de España. Su madre, la poderosa y pía reina Isabel, había sido monarca por derecho propio de un reino de Castilla cada vez más extenso. Sus padres habían conquistado los últimos vestigios de la España mora y unido sus reinos para crear un nuevo y poderoso país. Tras la muerte de Fernando e Isabel, el gobernador era Carlos, el sobrino de Catalina, que llevaba el grandilocuente título de Sacro Emperador Romano y cuyas tierras se ex-